

El problema del mal en la soteriología de Juan Luis Ruiz de la Peña

YELSIN OSWALDO SEVILLA

Estudio Teológico Agustiniano. Valladolid

Resumen: Tratar el misterio del mal desde el pensamiento de Ruiz de la Peña tiene una doble motivación. En primer lugar, porque la vida misma nos enseña que el mal se hace cada vez más irracional y mientras más queremos darle un sentido, tanto más incomprensible se torna. En segundo lugar, porque nos damos cuenta que la reflexión y misión de la actual Teología Fundamental invita constantemente a estar “siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de nuestra esperanza” (1 Pedro 3, 15). Y frente al misterio del mal, también tenemos que dar razón de nuestra esperanza. Debemos mostrar al otro que no estamos solos ante el sufrimiento y el dolor que provoca el mal. Además, debemos ser conscientes que el mal no puede ser ignorado en ningún momento por la teología, porque el mal es para el pensamiento un misterio insondable, y por ser así, invita continuamente a la reflexión.

Palabras clave: Creación, Mal, Jesucristo, Credibilidad, Muerte, Resurrección.

Abstract: Analyzing the mystery of evil in the thought of Ruiz de la Peña has a double purpose. In the first place, because life itself teaches us that evil becomes more and more irrational, and the more we want to give it a meaning, the more incomprehensible it becomes. Second, because we realize that the reflection and mission of current Fundamental Theology constantly invites us to be “always ready to give an answer to everyone who asks you for the reason of our hope” (1 Peter 3:15). And facing the mystery of evil, we also must give a reason for our hope. We need to show others that we are not alone in facing the suffering and pain caused by evil. Further, we must be aware that evil cannot be ignored at any time

by theology because evil is an unfathomable mystery for thought, and because it is so, it calls continuously for reflection.

Key words: Creation, Evil, Jesus Christ, Credibility, Death, Resurrection.

Ruiz de la Peña, quiere recuperar lo que nos ofrece la revelación bíblica. Una de las ideas que servirá de base para su reflexión es la que plantea el filósofo Paul Ricoeur:

El problema del mal no es solo un problema especulativo; exige la convergencia del pensamiento y la acción (en el sentido moral y político) y una transformación espiritual de los sentimientos. La acción y la espiritualidad son llamadas dar a esta aporía no una solución, sino una respuesta destinada a volverla productiva¹.

Para Ruiz de la Peña, Ricoeur supo captar el mensaje que la revelación bíblica emite: “a los creyentes que reflexionamos sobre el mal, la fe cristiana no nos impone una teoría; nos propone una praxis”². Y, aunque el mal es un tema que aborda la filosofía, también es un tema teológico por lo que el mal hay que atacarlo con “la clara conciencia de que su reflexión se agota en lo penúltimo: incluso el Dios de la teología natural no es la última palabra sobre Dios”³. También es necesario aclarar que, para nuestro autor, el tema del mal no es un problema, sino que es un misterio⁴ y por ello solo puede tener su esclarecimiento en Jesucristo. Pero para llegar a tal afirmación, realizará un largo recorrido que comienza por el libro del Génesis hasta llegar a la novedad que presenta el Nuevo Testamento.

¹ RICOEUR, Paul, *El mal. Un desafío a la teología y la filosofía*, Amorrortu, Buenos Aires 2011, 58-60.

² RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, “Creer desde la experiencia del mal y la injusticia”, en DÍAZ, Carlos (ed.), *Una fe que crea cultura*, Caparrós, Madrid 1997, 318.

³ *Ibid.*, 319.

⁴ En el diccionario de teología Fundamental encontramos que: “la designación “misterio” debería reservarse en el futuro estrictamente a Dios y a lo que procede inmediatamente de él y lo expresa. En cambio, el mal no se debería designar nunca como “mysterium iniquitatis”, entre otras cosas porque el lenguaje corriente evoca con el concepto de misterio más bien una expectativa alegre y optimista” (NEUFELD, K. H., “Misterio/Misterios”, en LATOURELLE, René - FISICHELLA, Rino. - PIÉ-NINOT, Salvador. (eds.), *Diccionario de teología fundamental*, San Pablo, Madrid 2010, 985-986).

Por eso, abordaremos el problema del mal desde la soteriología, que comienza por la obra de la creación hasta llegar al acontecimiento de Jesucristo que conoció como nadie el núcleo duro y opaco del mal en sus variadas formas.

1. La reflexión sobre el mal en el Antiguo Testamento

Del Antiguo Testamento destacaremos principalmente los relatos de Génesis 1, 1-2, 4a y 2, 4b-25 que relata la bondad de la creación y el origen del mal. Por otra parte, también para Ruiz de la Peña ocupa un lugar importante la reflexión que se lleva a cabo en los libros sapienciales, en especial la experiencia dolorosa y a la vez fascinante de Job que rompe con el esquema tradicional del principio de retribución.

1.1. La creación es buena: Gn 1, 1-2, 4a

El redactor Sacerdotal (P) de Génesis 1, 1-2,4a hace notar que cuando Dios llama a cada una de sus obras a la existencia, siempre las termina corroborando con la siguiente expresión: “y vio Dios que era bueno”⁵. Así, Dios llamará a la existencia a la luz, después la tierra, las plantas, las lumbreras del cielo, los peces y aves etc. Y por fin aparecerá el hombre que es creado de forma singular: “y creó Dios al hombre a su imagen. A imagen de Dios creó a ellos. Macho y hembra los creó” (Gn 1, 28)⁶.

La valoración que hace Ruiz de la Peña de la expresión “y vio Dios que era bueno” como corroboración de lo creado, no se refiere a la belleza, orden o grandeza de las obras que va realizando en cada uno de los días, es decir, no es un juicio estético, más bien nuestro autor opta por circunscribirlo al juicio ontológico, porque la criatura responde a la intención del creador. De este modo, el redactor del Génesis sabe que el mal existe y que está ahí, pero

⁵ “El texto lo expresa al afirmar que Dios “separa” la luz de las tinieblas, las aguas de arriba de las aguas de abajo y el agua de la tierra, que Dios bendice los animales y al hombre y al sábado, pero, sobre todo, lo afirma explícitamente al relatar cómo Dios, al concluir cada una de sus obras y constatar su bondad, siente satisfacción por haberlas creado” (BUSTO SAIZ, José Ramón, “El problema del mal en el Antiguo Testamento” en *Moralia* 81 [1999] 177).

⁶ Ruiz de la Peña en su exposición acerca de la creación en el Antiguo Testamento sigue el Comentario al libro del Génesis de Westermann.

debe ser coherente con el relato, de tal modo que manifiesta la inocencia de Dios, pues de las manos del Creador nada puede salir defectuoso⁷.

Según nuestro autor, el mal no solo se encuentra manifestado en ciertos libros o versículos de la Biblia, sino que está presente desde sus primeras páginas, pero con la expresión “y vio Dios que todo era bueno”, quiere decir que “la fe en la creación se opone así a toda suerte de pesimismo ontológico: la realidad creada es, en cuanto tal, buena”⁸. Además, Ruiz de la Peña afirmará que ni el dualismo con toda su doctrina de un principio bueno y otro malo, o la interpretación fatalista o trágica de la realidad son compatibles con esta fe creacionista. En pocas palabras, existe el mal y el autor lo sabe, pero no se remonta al designio divino originario y de aceptar lo contrario implicaría volver a caer en las tesis dualistas⁹.

El origen del mal no es algo que podamos encontrar en el relato del Génesis 1, 1-2, 4a. Lo que sí podemos encontrar es que todo lo creado es bueno y que el hombre representa la cima de lo creado, pues es creado a imagen y semejanza de Dios. Ruiz de la Peña afirmará que la creación se corona con el surgimiento de un co-Creador. Esto hace posible que podamos notar la revelación de un Dios que crea no de una manera cerrada y conclusa, sino que ahí está el hombre para que con su trabajo perfeccione lo que ya se encuentra en la realidad¹⁰. Otros autores, como José Ramón Busto Saiz, hacen notar que es en medio de realidad creada, que además se percibe como buena, donde “el hombre se pregunta sobre la presencia del mal y del dolor en el mundo”¹¹.

Por otra parte, Ruiz de la Peña pone de relieve la idea de un Dios que no es particularista, sino que es universal, es decir, la manifestación de su amor y designios salvíficos no están referidos en último término a

⁷ RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *Teología de la creación*, Sal Terrae, Santander⁶ 1988, 42.

⁸ RUIZ DE LA PEÑA, *Crear desde la experiencia del mal*, 315.

⁹ El Papa Benedicto XI, manifiesta que “La fe nos dice que no hay dos principios, uno bueno y uno malo, sino que hay un solo principio, el Dios creador, y este principio es bueno, sólo bueno, sin sombra de mal. Por eso, tampoco el ser es una mezcla de bien y de mal; el ser como tal es bueno y por eso es un bien existir, es un bien vivir. Este es el gozoso anuncio de la fe: sólo hay una fuente buena, el Creador. Así pues, vivir es un bien; ser hombre, mujer, es algo bueno; la vida es un bien” (BENEDICTO XVI, *El pecado original en la enseñanza de san Pablo*, Audiencia general del miércoles 3 de diciembre de 2008).

¹⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 45.

¹¹ BUSTO SAIZ, *El problema del mal*, 176.

un pueblo en particular, sino que se extiende al cosmos entero. En este sentido, nuestro autor considera que la cosmogonía presentada en Gn 1 es abarcadora y no hay otra cosmogonía que se le pueda comparar. La creación desde una clave soteriológica¹² permite entender que el mundo que Dios ha creado no solo es bueno, ni es únicamente marco de la historia, sino que “es él mismo, historia y protagonista de la historia; existe también él para la salvación”¹³. Además, el amor juega un papel sumamente importante en la creación, de tal manera que permite revelar que “la realidad procede de una voluntad de donación gratuita, no de una voluntad de posesión o dominación, ni de un principio anónimo y sin rostro”¹⁴.

1.2. El origen del mal

Ya hemos visto que del relato sacerdotal de Génesis 1, 1-2, 4a, Ruiz de la Peña concluye que el autor sabe que el mal existe, pero su origen no se remonta al designio originario divino. Ahora bien, para poder responder a la pregunta ¿cuál es el origen del mal?, nuestro autor recurre a Gn 2, 4b-25. En este pasaje, Dios crea los cielos y la tierra, llama a la existencia al hombre en un mundo donde se le dan los condicionamientos necesarios para vivir. Así, Dios planta un Jardín en Edén, hace brotar de la tierra toda clase de árboles atractivos a la vista y buenos para comer, pero también planta el árbol de la vida en medio del jardín y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Y Dios coloca al hombre en el jardín con el propósito de labrarlo y cuidarlo. Pero aparece el mandato que da Dios al hombre: “de todo árbol puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, ciertamente morirás” (Gn 2, 16).

Ruiz de la Peña indicará que el relato yahvista (J) de Génesis 2, 4b-25 no tiene como principal tarea tratar el origen del mundo, pues ya se ha tratado, aunque de manera muy resumida en el versículo 4a. Lo que sí le interesa al redactor yahvista es responder al origen del mal. Por eso, el capítulo

¹² “Para el Génesis, el Salvador de Israel es el Creador del mundo; las preguntas originales del hombre se integran en la experiencia salvífica de Israel y solo a la luz de esta se puede leer cabalmente el relato de la creación. Se trata por tanto de un relato salvífico, y no meramente creatural” (ARMENDÁRIZ, Luis M., *Hombre y mundo a la luz del creador*, Cristiandad, Madrid 2001, 31).

¹³ RUIZ DE LA PEÑA, Teología de la *creación*, 47.

¹⁴ *Ibid.*

de Génesis 2 estaría redactado en función del capítulo 3 donde se muestra con más claridad todo el tema del pecado con la consiguiente ruptura de la armonía con Dios y la realidad¹⁵. Además, los capítulos 2 y 3 del Génesis proporcionan una teodicea elemental, es decir, el pecado se manifiesta como el que desencadena todos los desórdenes que aquejan a la creación¹⁶.

Por otro lado, nuestro autor reconoce que con la subordinación del capítulo 2 al 3, el relato yahvista hace su principal contribución, ya que conduce el relato de la creación del hombre hacia el relato del drama de la caída con naturalidad. También desde esta subordinación se puede apreciar la respuesta al problema del origen del mal: “el origen del mal tiene que ver con la responsabilidad personal del ser humano creado por Dios, que, a la vez que procede y depende de su Creador, tiene capacidad para afirmarse frente a él”¹⁷.

1.3. El drama de la caída en Gn 3

Del relato de Gn 3, Ruiz de la Peña indica que aquí la serpiente no es tan importante por lo que ella es sino por lo que dice, pues en definitiva el relato manifiesta la tentación por excelencia que consiste en: “la posibilidad de que el hombre se afirme autónomamente como absoluto, situándose así en el lugar de Dios, siendo como Dios”¹⁸. Nuestro autor entiende, que el pecado que consume tanto el hombre como la mujer no es un pecado cualquiera pues de la transgresión cometida “emerge la esencia condensada de todo pecado, en cuanto opción decisoria de la libertad del hombre frente a Dios”¹⁹.

Ruiz de la Peña expresa que la creación se ve afectada por un coeficiente de anormalidad, es decir, la culpa impone de alguna manera a la realidad una sobretasa de penalidad²⁰. Sin embargo, advierte que no se debe hacer una mala interpretación del relato yahvista, es decir, postular

¹⁵ *Ibid.*, 50.

¹⁶ RUIZ DE LA PEÑA, *Crear desde la experiencia del mal*, 315.

¹⁷ RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *Imagen de Dios. Antropología Teológica actual*, Sal Terrae, Santander⁵ 1988, 29.

¹⁸ RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *El don de Dios. Antropología teológica especial*, Sal Terrae, Santander 1991, 64.

¹⁹ *Ibid.*, 64-65.

²⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *Crear desde la experiencia del mal*, 315.

que sin pecado no habrían existido tales calamidades como: el dolor físico, fatiga, o la muerte entendida biológicamente. Deducir todo esto sería malentender el relato, pues la intención del redactor yahvista es presentar una denuncia que consiste en la fractura que ha provocado la desobediencia del hombre en el plan divino. Para nuestro autor, lo que se encuentra a la base o raíz del desorden es el mal uso de la libertad humana²¹. El pecado no es solo falaz e ilusorio, sino que además nunca cumple lo que promete. Además, Ruiz de la Peña indica que el pecado es ante todo ruptura de la relación hombre-Dios. El pecado siempre tiene sus consecuencias.

Nuestro autor pone como ejemplo la muerte. Pero la muerte no puede ser entendida desde el texto como algo puramente biológico, porque comporta aspectos personales, no solo naturales. Por tanto, la muerte lejos de ser entendida como el deceso físico del hombre, debe ser comprendida teniendo en cuenta la polivalencia con la que el lenguaje bíblico utiliza los términos muerte – vida. Así, cuando se habla de la muerte se estaría refiriendo no solo al hecho biológico, sino que comporta también el estado teologal hombre-Dios²².

1.4. La reflexión sapiencial ante el mal

Como ya se dijo antes, el problema del mal está presente desde las primeras páginas de la Biblia, y la reflexión sapiencial no es indiferente al problema del mal. De los libros que pertenecen a la reflexión sapiencial: *Proverbios*, *Job*, *Eclesiastés*, *Eclesiástico* y *Sabiduría*, el que acapara toda la atención de Ruiz de la Peña es el *libro de Job*. Sin embargo, esto no quiere decir que en los demás libros no encontremos indicaciones referentes al mal y el sufrimiento humano.

Para una mejor comprensión de la literatura sapiencial²³ es importante recordar, que aquí la reflexión gira en torno al sentido de la existen-

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*, 316.

²³ “Con la revelación sapiencial se relaciona el tema de la revelación cósmica, es decir, a través de la creación, que representa una etapa bastante tardía de la revelación inspirada. Israel comprendió que Dios que suscitó a su pueblo de la nada de la esclavitud, suscitó también el cosmos de la nada. Su soberanía es universal: Con su palabra hizo el Señor los cielos y con el soplo de su boca todo lo que hay en ellos. Como la creación es la cosa dicha por Dios, es también revelación (Job; Prov; Sab; Sal; Rom 1, 16)” (LATOURELLE, René, “Reve-

cia humana, el hombre busca cómo comprenderse a sí mismo y también comprender su lugar en la creación, además, la pregunta por la presencia del mal y del dolor en el mundo surge en medio de la realidad creada que en su conjunto se percibe como buena²⁴. En este sentido, para Ruiz de la Peña, la literatura sapiencial presenta una nueva manera de comprender la doctrina de la creación, porque ya no se parte de una comprensión de la creación en clave soteriológica, sino que la creación es analizada en sí misma. El resultado es que la creación comienza a ser vista como una teodicea fundamental y como fundamento del orden moral que rige la vida de los pueblos. Nuestro autor afirma que “de lo que ahora se trata es no tanto de comprender la historia de Israel cuanto de esclarecer el misterio del mundo y de la condición humana”²⁵.

A) Job y Eclesiastés

Para Ruiz de la Peña, tanto el *libro de Job* como *Eclesiastés* son representaciones de la “crisis de sentido que desembocará en el interrogante supremo sobre el destino transmundo”²⁶. Nuestro autor sostiene que en el libro de Job la cuestión genérica del mal va a ceder el paso a la cuestión específica del mal sufrido por el inocente²⁷.

Todo parte del esquema retribucionista que tenía Israel: “Dios premia y castiga en esta vida con bienes o males temporales”²⁸. En efecto, en

lación”, en LATOURELLE, René - FISICHELLA, Rino - PIE-NINOT, Salvador, (eds), *Diccionario de teología fundamental*, San Pablo, Madrid, 2010, 1240).

²⁴ BUSTO SAIZ, *El problema del mal*, 176.

²⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 53.

²⁶ *Ibid.*, 55.

²⁷ “Llega un momento en los largos siglos del caminar sapiencial del Antiguo Oriente en el que la sabiduría va a caer en la cuenta de los límites de su propio hacer y va a reflexionar sobre la validez de sus propias afirmaciones y conocimientos. La sabiduría es movida a esta reflexión por la constatación de que en la creación y en la existencia del hombre hay parcelas de sinsentido. Entre otras: el dolor, la injusticia, el desorden social y, en último término, la misma muerte. ¿Qué queda entonces de ese mundo ordenado y armónico que según descubriría la sabiduría antigua Dios había creado? Precisamente esta es la pregunta que constituye el punto de partida de la reflexión del libro de Job. La cuestión que se encuentra planteada en el libro desde un punto de vista teórico existencial es la pregunta por el sentido del sufrimiento inmerecido del inocente, que afecta universalmente a los hombres, sean israelitas o no” (BUSTO SAIZ, *El problema del mal*, 180).

²⁸ RUIZ DE LA PEÑA, *Crear desde la experiencia del mal*, 316.

el *libro de Job* capítulos 4 y 5 encontramos que uno de los amigos llamado Elifaz se presenta convencido del esquema retribucionista y de la teología tradicional que sostiene que tanto el bien como el mal dependen en última instancia del hombre. En todo caso, el castigo que Dios manda a los hombres no tiene otro sentido más que medicinal y, como todo hombre, que habita sobre la faz de la tierra es pecador, necesita de alguna manera el arrepentimiento y la conversión.

Sin embargo, Job se convierte en ese personaje donde la historia, la vida y el pensamiento de los pueblos toma un giro diferente, pues la seguridad manifestada en la idea retribucionista termina por desvelar la debilidad de sus argumentos, es decir, “no siempre les va bien a los justos y mal a los pecadores”²⁹. Job lo tenía todo: casa, familia, tierras, ganados, etc. Pero es despojado de todas sus pertenencias, además, no tenía por qué sufrir las desgracias, ya que además de ser rico temía a Dios³⁰.

La tesis retribucionista parece encuadrar bien con todos aquellos que tienen todo y se consideran premiados por Dios; pero según nuestro autor, Job “es la más cabal representación del dolor del inocente, que se condensa en la pregunta del porqué: ¿por qué sufro precisamente yo? La secuencia culpa-castigo de la tesis tradicional no se da aquí”³¹. Por tanto, si Elifaz es el portavoz de una tesis donde el bien y el mal dependen del hombre, y el castigo tiene una función medicinal, Job sería el portavoz de una historia y una realidad que está llena de contradicciones y que no cuadra con la mentalidad tradicional.

Nuestro autor rescata el pasaje de Job 2, 9 donde se pone en escena una de las preguntas más desconcertantes de la mujer de Job: “¿todavía crees en Dios? maldice a Dios y muérete”. Sin embargo, el sufrimiento no ha sido capaz de provocar tal reacción en Job. Pero, para Ruiz de la Peña, “este brutal exabrupto de la mujer de Job anticipa con impar crudeza la primera y más extendida reacción que el mal provoca en la secularidad”³².

²⁹ *Ibid.*

³⁰ “Es la fe de Job: una fe a la que no le está permitido refugiarse en construcciones teológicas abstractas y tranquilizadoras, sino que está obligado, por el contrario, a aceptar el desafío de los hechos. Job se pone a la búsqueda de Dios, no a partir de las fórmulas creadas por la tradición, sino a partir de su mundo pleno de dolor” (MAGGIONI, Bruno, *Job y Cohélet. La contestación sapiencial en la Biblia*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1993, 26).

³¹ RUIZ DE LA PEÑA, *Creer desde la experiencia del mal*, 316.

³² RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la Creación*, 159.

La valoración general que hace Ruiz de la Peña del *libro de Job* es la siguiente:

El poema de Job focaliza por primera vez con inaudita crudeza el ámbito más propiamente teológico de la cuestión del mal: el dolor sin por qué, el sufrimiento del justo no solo le afecta a él; afecta también y sobre todo a la identidad de Dios. Ante el dolor inexplicado, el creyente se pregunta quién y cómo es Dios³³.

Aspectos parecidos los vemos en otros comentaristas del *libro de Job* como Maggioni, que subraya que Job se rebela contra la idea de un orden moral que es regulado de manera mecánica, además se rebela contra un Dios que es un juez odioso, que hurga en el corazón del hombre. Pero Job en ningún momento destruye a Dios, lo que destruye es una religión falsa, un Dios muerto. Además, rechaza los esquemas retribucionistas, la aceptabilidad de un Dios que escruta despiadadamente³⁴. Por su parte, René Latourelle afirma que en el fondo no hay más que dos salidas: quedar desarmado y rendirse ante Dios, o bien rebelarse contra él. Además, afirma que:

En cierto modo, frente al mal es imposible no rebelarse. ¿quién no ha conocido esos hervores de tormenta que se expresan en las imprecaciones de Job? Esta angustia del mal es en nosotros una especie de fuerza oscura, dormida, pero siempre dispuesta a saltar, nunca perfectamente dormida³⁵.

Para Ruiz de la Peña, cuando nos acercamos al libro de Job no debemos hacerlo con la intención de encontrar una respuesta al “porqué” del mal, ya que esta pregunta queda en suspenso, lo que sí podemos encontrar es a un hombre que “ratifica su fe en Dios, una fe tanto más admirable cuanto que ha sido despojada de la confirmación empírica que le prestaba la explicación tradicional”³⁶. Por otra parte, estamos ante un Job que confirma su fe aun en medio de las dificultades y el dolor. A pesar de que ya

³³ RUIZ DE LA PEÑA, *Creer desde la experiencia del mal*, 316.

³⁴ MAGGIONI, *Job y Cohélet*, 30-31.

³⁵ LATOURELLE, René, “Mal moral”, en LATOURELLE, René- FISICHELLA, Rino- PIÉ-NINOT, Salvador (eds.), *Diccionario de teología fundamental*, San Pablo, Madrid 2010, 851.

³⁶ RUIZ DE LA PEÑA, *Creer desde la experiencia del mal*, 316.

no tiene nada: familia y bienes materiales, él se entrega sin reservas y medidas ante la incomprendibilidad de lo que es Dios.

El dolor que provoca el mal y el sinsentido que genera, solo puede encontrar luz desde la confianza que se pone en Dios. A juicio de nuestro autor, “solo Dios posee el secreto de la creación y que la verdadera sabiduría solo en la comunión con Dios es alcanzable”³⁷. En definitiva, la postura de nuestro autor respecto a la creación y el misterio del mal en el acercamiento al libro de Job se puede resumir en tres puntos esenciales:

1) Lo creado se trasciende hacia Dios, en quien radica en última instancia el misterio del mundo. Ser criatura implica depender enteramente de Alguien suficientemente grande, justo y bondadoso como para merecer un crédito ilimitado. Significa también estar en disposición de recibirlo todo (el bien y el mal, la felicidad y el dolor, la vida y la muerte de sus manos).

2) El mal, sobre todo en la forma en que más incisivamente afecta al hombre (dolor físico y moral), se erige en la última frontera de nuestra comprensión del mundo y abona, como ningún otro argumento, la sospecha del sinsentido y, consiguientemente, de la no existencia de Dios.

3) El problema es de tal gravedad para una teología de la creación que no podía menos de quedar registrado en la reflexión sapiencial³⁸.

2. Del Deutero-Isaías (42.49.50.52-53) al Nuevo Testamento

Tras la lectura del libro del *Génesis* y el libro de Job podríamos concluir que nos podrían presentar una visión o explicación bastante satisfactoria con respecto al misterio del mal, pero resulta que no es así, ni la narración del Génesis ni Job son la última palabra³⁹. En el Antiguo Testamento, ni Job con su sufrimiento aterrador tiene una explicación de sus males, porque los sufre desde la inocencia y no puede darnos el sentido

³⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 55.

³⁸ *Ibid.*, 56.

³⁹ El Papa san Juan Pablo II indica que en Job el sufrimiento tiene carácter de prueba, pero “el libro de Job no es la última palabra de la Revelación sobre este tema, sino que en cierto modo es un anuncio de la pasión de Cristo” (JUAN PABLO II, san, Carta Apostólica “*Salvifici Doloris*” n. 11-12 (JUAN PABLO II, san, “*Salvifici Doloris*”, en GUERRERO, Fernando (ed.), *El magisterio pontificio contemporáneo I*, BAC, Madrid 1992, 936-937).

último para enfrentarnos con tan gran misterio. Ruiz de la Peña opta por acercarse así a la postura del siervo de Yahvé que contiene el relato de Isaías 42-53. En este relato, el Dios de Israel suscita a su siervo con una misión específica: promover fielmente el derecho (Is 42,3).

La opción que hace Ruiz de la Peña por el siervo de Yahvé tiene su razón de ser ya que, si el *libro de Job* revela que el “porqué” del sufrimiento no tiene explicación, pues queda en suspenso. El dolor del siervo que presenta el relato de Isaías 42-53, no solo tiene sentido, sino también un alcance redentor. Dicho alcance redentor no es posible desde una clave individualista, de quien tiene que soportar los sufrimientos, pues la redención se da desde y en la solidaridad.

En segundo lugar, nuestro autor pone de manifiesto que existe una nueva clave desde la cual se puede comprender el dolor, y no es otra que el “amor”. Esta clave que menciona nuestro autor está en consonancia con la línea que plantea san Juan Pablo II: “el amor es también la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre misterio”⁴⁰. Desde el amor, el siervo no muestra ninguna exigencia como Job, tampoco está interesado en conocer cuál va a ser su destino, pues no le interesa encontrar una respuesta al porqué del sufrimiento. Como dirá nuestro autor, le basta conocer el para qué y el cómo. Por eso, para Ruiz de la Peña, el que mejor encarna el papel de siervo doliente es Jesús de Nazaret. Por eso, a continuación, esbozaremos cómo Jesús se bate contra el mal.

2.1. Jesucristo, la plenitud de la Revelación y del sentido del sufrimiento

La Teología Fundamental tiene como objetivo mostrar la credibilidad de Jesucristo como plenitud de la Revelación. A juicio de René Latourelle, la Revelación que se nos da en el Nuevo Testamento constituye el eje central de la historia de la humanidad, porque “en Jesucristo, la Palabra interior en la que Dios conoce todas las cosas y se expresa totalmente, asume la carne y el lenguaje del hombre, se hace evangelio, palabra de salvación para llamar al hombre a la vida que no pasa”⁴¹.

⁴⁰ El Papa también menciona que “Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir la causa del sufrimiento en cuanto somos capaces de comprender la sublimidad del amor divino” (*Salvifici Doloris*, 13).

⁴¹ LATOURELLE, *Revelación*, 1241.

Para Ruiz de la Peña, el Nuevo Testamento es el anuncio de la salvación. Ahora bien, el mensaje de salvación se encarna en una persona histórica y concreta que se llama Jesús de Nazaret y que es la plenitud de la Revelación porque:

La fe cristiana sostiene que Dios ha proferido su palabra última, definitiva y supremamente reveladora en Jesús. Para decirlo con más justeza: la fe cree que ese Jesús es él mismo, la palabra de Dios en persona⁴².

Para nuestro autor, la Revelación así entendida adquiere un carácter Cristo-céntrico, porque Dios se revela en el Hijo tal cual es. Jesús es la manifestación más plena del amor de Dios. Es la respuesta a la pregunta por el sentido del sufrimiento⁴³, porque no se olvida de todos sus hijos que sufren las consecuencias del mal. Así, para nuestro autor, “Dios es el que no se limita a coexistir con el mal, sino que lo asume en su realidad divina”⁴⁴. Por eso, Jesús considerado como la plenitud de la Revelación, se convierte en la clave esencial para cualquier estudio sobre el mal.

Ruiz de la Peña dirá que: “la respuesta divina al misterio del mal y del dolor no va a ser pues, un discurso, como parecía esperar Job, sino toda una vida; la vida de su Palabra hecha carne”⁴⁵.

Uno de los temas mencionados por Ruiz de la Peña y que cobra gran importancia para la Teología Fundamental es el estudio de la salvación encarnada en una persona histórica y concreta llamada Jesús de Nazaret. Así, teólogos como Rino Fisichella en su obra *La revelación: evento y credibilidad. Ensayo de teología fundamental*, nos dice que Cristo se convierte en el centro de la historia no por ser un hombre bueno que pasó haciendo el bien, sino porque él es la cima y la plenitud de la Revelación, es decir, Cristo representa un acontecimiento que no tiene parangón alguno en la historia de la humanidad. Por tanto, no solo es único, sino que también es

⁴² RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 166.

⁴³ “Cristo da la respuesta al interrogante sobre el sufrimiento y sobre el sentido del mismo no solo con sus enseñanzas, es decir, con la Buena Nueva, sino ante todo con su propio sufrimiento, el cual está integrado de una manera orgánica e indisoluble con las enseñanzas de la Buena Nueva. Esta es la palabra última y sintética de esta enseñanza: la doctrina de la Cruz como dirá un día san Pablo” (*Salvifici Doloris*, 18).

⁴⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *Creer desde la experiencia del mal*, 319-320.

⁴⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 166.

irrepetible, ya que, mediante él, Dios ha dirigido su palabra a los hombres⁴⁶. Además, subraya que Jesús es la plenitud de la Revelación porque su praxis de vida y no solo la predicación avala la definitividad de la Revelación⁴⁷.

2.2. Jesús es la salvación

Adolfo González Montes coloca la salvación como objeto de la Teología Fundamental y afirma que: “la teología fundamental pretende la fundamentación del hecho cristiano como resultado de una revelación redentora (salvífica) cuyas condiciones de posibilidad le es obligado indagar”⁴⁸. Por eso, en este apartado indagamos cómo Ruiz de la Peña aborda el tema de la salvación, pues es de gran importancia para poder entender su propuesta respecto al misterio del mal.

Ruiz de la Peña constata que desde una lectura detenida del Nuevo Testamento se pueden sacar dos conclusiones que iluminan algo fundamental de la persona de Jesús. Por una parte, en Jesús se realiza la salvación y, en segundo lugar, hay que repetir constantemente que Jesús es la salvación. Para nuestro autor, la vida de Jesús tiene algunos sellos distintivos en su predicación, uno de esos sellos es la parcialidad en favor de todos aquellos que son considerados nada para la sociedad, constantemente denuncia una sociedad que cada vez más produce estratos sociales bien diferenciados, y entre ellos se menciona a los pecadores, publicanos, prostitutas, leprosos, ignorantes⁴⁹.

Además, es una sociedad que está profundamente marcada por los legalismos religiosos y esto no hace más que excluir a todas aquellas personas que no actúan conforme a la ley al pie de la letra. Pero Jesús con su praxis de vida y predicación es capaz de reivindicar la dignidad y valor de los seres creados. Jesús se bate en una lucha constante contra el legalismo

⁴⁶ FISICHELLA, Rino, *La revelación: evento y credibilidad. Ensayo de teología fundamental*, Sígueme, Salamanca 1989, 61-62.

⁴⁷ *Ibid.*, 64.

⁴⁸ GONZÁLEZ MONTES, Adolfo, “Salvación” en LATOURELLE, René- FISICHELLA, Rino-PIÉ-NINOT, Salvador (eds.), *Diccionario de Teología Fundamental*, San Pablo, Madrid 2010, 1305.

⁴⁹ RUIZ DE LA PEÑA, Juan Luis, *Creación, Gracia, Salvación*, Sal Terrae, Santander 1993, 115.

de los fariseos que están siempre insistiendo en los ritos purificatorios y la práctica del ayuno, una práctica que es excluida mediante la presencia del Reino de Dios en acción⁵⁰.

Nuestro autor entiende que con todo esto no se quiere decir que se niegue utópicamente la existencia del mal, sino que Jesús mismo está constantemente resistiéndose a considerar alguna criatura de Dios como mala⁵¹. De hecho, Jesús está presente en aquellas situaciones límites del ser humano tales como la enfermedad y la muerte. Por eso, Él siempre estará a favor de los más necesitados, llegando a curar en sábado, sanando a los leprosos, ciegos, moribundos y a los que han muerto, devolviéndoles a la vida.

Todo esto conduce a considerar que Jesús de Nazaret no solo es aquel por quien fueron creadas todas las cosas, sino que también es el Salvador. Para Ruiz de la Peña, Jesús, además, de ser mediador de la salvación, lo es también mediador de la creación. Su postura parte del análisis de dos textos bíblicos: “para nosotros no hay más que un solo Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un solo Señor Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros por él” (1 Co 8, 6), el segundo texto es Colosenses 1, 15-20, donde se subrayan tres cosas importantes: 1) que Jesús es imagen de Dios invisible y por él fueron creadas todas las cosas, 2) Jesús también es anterior a todo, Él es el principio, 3) mediante Jesús, Dios reconcilia todas las cosas.

Nuestro autor extrae de los textos antes mencionados dos conclusiones. 1) “Si Cristo es el mediador de la salvación y por cierto el único mediador: 1 Tm 2, 5, ha de serlo también de la creación”⁵². 2) Si Cristo está al final como salvador, es porque está en el comienzo como creador. De ahí que tanto la función salvífica como la función creadora se involucren recíprocamente⁵³. Respecto a estas conclusiones, hay que recordar que, de la lectura del libro del *Génesis*, se constataba una creación basada en el amor, y se ponía de relieve la bondad de Dios. Sin embargo, Ruiz de la Peña señala que el problema del mal se convierte en una de las más serias dificultades con las que tiene que vérselas la doctrina de la creación, pues en definitiva el mal resulta incompatible. Sin embargo, nuestro autor

⁵⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 65.

⁵¹ *Ibid.*, 66.

⁵² *Ibid.*, 70.

⁵³ *Ibid.*, 74.

afirma que el problema del mal será esclarecido bíblicamente por la soteriología y la escatología. También dirá que “para la fe en la creación, el mal no puede ser el núcleo central de lo real ni puede distorsionar la visión del mundo hasta el punto de relegar el bien a la periferia”⁵⁴.

Por otra parte, a juicio de nuestro autor, la salvación que anuncia Jesús tiene el carácter de gratuidad, pues es una salvación que brota no de la necesidad y el compromiso, sino desde el amor de Dios por los seres humanos. Si la creación brota del amor de Dios, tanto más lo será la salvación manifestada a través de su Hijo Jesucristo. Una salvación que trae un cambio de mentalidad para la tradición judía, que creía que la salvación consistía en la equidad de la justicia conmutativa: el hombre hace esto y Dios tiene que hacer lo propio. Sin embargo, en Jesús no vemos este tipo de salvación, la salvación que él trae es el “agraciamiento” de los más desgraciados⁵⁵. Latourelle considera que el contenido esencial de la Revelación es “la salvación ofrecida a los hombres bajo la figura del reino de Dios anunciado e instaurado por Cristo”⁵⁶. Ruiz de la Peña resume la salvación traída por Jesús en esa línea:

Así pues, durante su ministerio público Jesús ha proclamado con palabras y acciones una salvación atípica, insólita, que tiene su célula germinal en el amor. Un amor para el que la justicia suprema es aquella que se consume, no con el ajusticiamiento del reo, sino con su justificación. Un amor que regenera y endereza lo que la estricta justicia solo podría sancionar con una sentencia sumarísima y que, de este modo, suscita una existencia agraciada⁵⁷.

En la reflexión teológica de Ruiz de la Peña aparecen dos palabras claves que sirven de guía para la comprensión de la salvación. Por una parte, ya se ha visto que el amor es la columna vertebral y el cimiento desde donde se sostiene toda la vida de Jesús, pero, por otra parte, unido al amor aparece también la solidaridad. El argumento principal que aparece para introducir la solidaridad, es que “la solidaridad de Jesús con nosotros es redentiva, transmuta, invierte y sobrepaja las situaciones límites, porque hace posible nuestra solidaridad con él, y esa solidaridad con el

⁵⁴ *Ibid.*, 84.

⁵⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, Gracia, Salvación*, 117.

⁵⁶ LATOURELLE, “Revelación”, 1243.

⁵⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, Gracia, Salvación*, 118.

Hijo nos hace hijos, nos diviniza”⁵⁸. Por eso, se puede decir con toda seguridad y sin reservas que en Jesús no solo se realiza la salvación, sino que él mismo es la salvación, esta salvación que Jesús nos ofrece, se manifiesta claramente en las parábolas del reino y los signos que realiza.

3. La vida de Jesús y su combate contra el mal

Se podría llegar a pensar que Jesús al ser el Hijo de Dios, podría haber vivido una vida llena de confort, pero no hubiese sido consecuente con su ministerio, Él nace pobre, vive pobre y muere en la cruz. En los evangelios, tanto los sinópticos como en el de Juan, Jesús aparece casi siempre en acción, pues el ambiente que le toca vivir, muchas veces se torna hostil. La vida de Jesús es la de un itinerante comprometido con la causa del reino de Dios.

Para Ruiz de la Peña, Jesús no ha llevado una vida relajada y sin problemas, sino todo lo contrario, la vida de Jesús ha sido una lucha constante contra el mal. Esto lo muestran los evangelistas desde el momento en que fue bautizado y conducido por el Espíritu al desierto donde experimenta las tentaciones: convertir las piedras en panes, tirarse desde el alero del templo y que el diablo después de mostrarle los reinos del mundo le invitara a adorarle y a cambio le daría todo cuanto podía ver (Mt 4, 1-11).

También la lucha se manifiesta en los exorcismos que realiza. Así, en el evangelio de Marcos 1, 32-34, Jesús aparece curando enfermos y expulsando demonios, en san Mateo 8, 16 Jesús cura a muchos endemoniados y enfermos. En Lucas 4, 40-41 a Jesús le llevan muchos enfermos, les pone las manos y los cura, y expulsa demonios que al salir gritan afirmando que Jesús es el Hijo de Dios. Al subrayar esto, nuestro autor quiere dejar claro que Jesús en ningún momento banaliza el mal o se hace indiferente, sino todo lo contrario: “Jesús encara el mal a sabiendas de que es algo tremendamente serio, poderosamente devastador”⁵⁹.

Por otra parte, Ruiz de la Peña al presentar la vida de Jesús como una lucha contra el mal, nos deja claro que ya no se puede seguir reflexionando sobre el misterio del mal sacando a Dios del problema, pues en última ins-

⁵⁸ *Ibid.*, 123.

⁵⁹ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 167.

tancia, el mal representaba no solo el alegato contra Dios sino también el descrédito de Dios, y en definitiva el mal se erigía como la roca del ateísmo. Adolphe Gesche indica que el ateísmo “manifiesta en definitiva una idea elevada de Dios. Honro más a vuestro Dios diciendo que no existe que diciendo que ha querido o permitido el mal”⁶⁰. Por otra parte, tampoco podemos seguir reflexionando acerca del mal bajo las antiguas propuestas de san Agustín, santo Tomás y Leibniz, ya que no hacían otra cosa más que dejar fuera a Dios del problema y declararlo inocente de toda responsabilidad culpable en el mal⁶¹.

Para nuestro autor sería más plausible seguir reflexionando sobre el misterio del mal si cambiamos de dirección y en vez de estar justificando y excluyendo a Dios, hacemos que la cuestión del mal pase por Dios. Así como dice Gesche que hay que plantear la cuestión en Dios, ya que “Dios-en-sí, al hacerse Dios-para-nosotros ha hecho del mal causa suya”⁶².

Ruiz de la Peña se inscribe en esta línea de reflexión planteada por Gesche, pues su reflexión tiene una base profundamente bíblica, ya que todo lo que podemos saber de Jesús y su combate contra el mal, parte de lo que nos presentan los evangelios. Producto de la lectura de los Sinópticos y del evangelio de Juan, Jesús responde con actitudes totalmente distintas a la que nos planteaba el *libro de Job*.

3.1. Las parábolas del Reino y los milagros, una lucha contra el mal

En este apartado presentaremos las parábolas del Reino como una manifestación de la acción salvadora de Dios. Su Hijo Jesucristo trae un mensaje que no solo se queda en palabras, sino que también se manifiesta a través de los milagros. Cada detalle de la vida de Jesús hace notar su lucha contra el reino de mal.

A) Las parábolas

La predicación sobre el Reino de Dios fue uno de los puntos fundamentales de Jesús. La presencia del Reino de Dios se manifiesta algunas

⁶⁰ GESCHE, Adolphe, *Dios para pensar. I. El mal-El hombre*, Sígueme, Salamanca 1995, 22.

⁶¹ *Ibid.*, 24.

⁶² *Ibid.*, 29.

veces mediante parábolas y otras mediante signos o milagros. Para Ruiz de la Peña, serán los evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas) los que, de alguna manera, enuncian que uno de los temas principales del mensaje de Jesús es el Reino. Jesús trae un mensaje que es Buena Noticia, ya que se proclama no solo por la palabra, sino que va acompañado de acciones, todo esto permite comprender que el Reino de Dios ha irrumpido ya en su persona⁶³. Para entender esto, se debe partir de la convicción singular que nos ofrece el Nuevo Testamento: Jesús no solo es el principio, sino que también es el fin de la creación. Solo a partir de aquí, es como se puede decir que no solo estamos ante una respuesta al misterio del mal, sino que se:

Avanza la promesa de una victoria definitiva e irrevocable sobre el mal en sus diversas manifestaciones: el mal físico de la limitación, la caducidad, el dolor y la muerte; el mal ético del pecado; el mal estructural de la injusticia social, de la insolidaridad interhumana. Si Cristo es el fin único de todo lo creado, todo es redimible y salvable⁶⁴.

La respuesta que tiene Jesús ante el misterio del mal, parte principalmente del amor. Esta es una de las principales características de Jesús y, que Ruiz de la Peña no se cansa de mencionar. Jesús ama al hombre tal y como es, no se fija tanto en lo que hay de bueno y perfecto, sino en lo que resta de malo y deficiente, de ahí que Él simplemente ama. El amor que Dios manifiesta a través de su Hijo, se puede notar en las parábolas del Reino, pues aquí es donde aparece que lo más original de Jesús, no está tanto en traer un mensaje que sirve de correctivo para su pueblo, sino que su “anuncio tiene un carácter exclusivamente salvífico”⁶⁵. Por otra parte, en las parábolas destacan dos características fundamentales con respecto al Reino: en primer lugar, subrayan la gratuidad⁶⁶, es decir, en nin-

⁶³ RUIZ DE LA PEÑA, *El don de Dios*, 233.

⁶⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 84.

⁶⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *El don de Dios*, 235.

⁶⁶ John Fuellenbach aclara dos cosas respecto al reino de Dios: en primer lugar, puesto que el reino de Dios es Dios mismo, que ofrece su amor incondicional a su criatura y que da a cada una participación en su propia vida, debe entenderse como un don gratuito, al que no tenemos en modo alguno ningún derecho. Podemos aceptarlo solo como un don de amor de parte de Dios con actitud y acción de Gracias. En segundo lugar, aclara que el carácter de don del reino no hace a los seres humanos meros objetos pasivos. Las parábolas

gún momento depende del hombre y su libertad; en segundo lugar, manifiestan que los oyentes no pueden hacer caso omiso al mensaje de Jesús, por tanto, requiere de una decisión inaplazable⁶⁷.

Ruiz de la Peña analiza varias parábolas del reino, para mostrar la gratuidad de la salvación: a) la parábola del labrador paciente (Mc 4, 26-29), la parábola del grano de mostaza y de la levadura (Mt 13, 31-33). Todas estas parábolas hacen notar al oyente que el reino de Dios ha empezado ya. Además, la aurora de la salvación ilumina este mundo; b) las parábolas donde se muestra el amor como respuesta al misterio del mal, son las tres parábolas de Lc 15, más conocidas como las parábolas del perdón, pues las tres son una respuesta de Jesús ante las murmuraciones de los fariseos y escribas que le critican por llamar a pecadores y sentarse a comer con ellos.

En la parábola de la oveja perdida (Lc 15, 4-7) es donde Jesús pone de manifiesto la gran alegría que siente al encontrar una oveja perdida, y por ella es capaz de festejar con los amigos cuando la encuentra. La misma alegría se ve manifestada en la parábola de la dracma perdida (Lc 15, 8-10), cuando la mujer la encuentra convoca a sus amigas para que se alegren con ella. En ambas parábolas existe una constante en Jesús: siempre hay alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta o por lo perdido que se encuentra. La tercera parábola y quizás la más interesante es la del hijo pródigo (Lc 15, 11-31), pues aquí se manifiesta de una manera más palpable el amor que Dios tiene para todos los hombres, aunque el hombre se aleje de la casa paterna, Él siempre nos sigue amando, no importa el tiempo que tardemos, Él siempre estará esperando.

A juicio de Ruiz de la Peña, las tres parábolas manifiestan la predilección divina por los pecadores y en un bello párrafo dice lo siguiente: “Dios ama más a los menos dignos de ser amados porque son los más necesitados de su amor. Los más amados son los menos amables porque

de los talentos (Mt 25, 14-30) y del tesoro en el campo (Mt 13, 44) muestran que los seres humanos son también actores en el reino. Aquí el reino es puro don, pero viene asumiendo increíbles riesgos. La venida del reino de Dios es total y absolutamente obra de Dios, pero al mismo tiempo es también total y absolutamente obra de seres humanos (FUELLENBACH, John, “Reino de Dios”, en LATOURELLE, René-FISICHELLA, Rino, PIÉ-NINOT, Salvador (eds.), *Diccionario de Teología fundamental*, San Pablo, Madrid³ 2010, 1119).

⁶⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *El don de Dios*, 235.

Dios ama, como crea desde la nada”⁶⁸. También dice que todas aquellas personas menos amables como los pecadores, publicanos, leprosos, pobres e ignorantes, son las más amadas por Jesús⁶⁹, pues se parte de la idea de que todas estas personas no pueden dar nada a cambio del amor que se les ofrece gratuitamente⁷⁰. Además, todas aquellas situaciones de marginación, exclusión, explotación, donde se manifiesta todo tipo de dolor tanto físico como psíquico, desde el amor de Jesús, se encuentran ahora en nueva situación, es decir, son acogidas y asumidas, pues se ve en ellas la posibilidad de esperar contra toda esperanza⁷¹.

Así, Jesús durante su vida pública denuncia constantemente la injusticia. Nuestro autor indica que la injusticia es de todos los males el responsable del dolor, que además está emparentada con el mal moral, el mal físico y el mal psíquico. Así, los pobres, los enfermos, pecadores y leprosos son abrazados por Jesús, ya que la “injusticia es el mal social por excelencia; es el mal estructural que corroe y degenera anchísimos estratos del tejido comunitario”⁷².

B) Los milagros

Para Ruiz de la Peña no solo las parábolas del reino son un combate contra el mal, sino que también están los milagros. De hecho, él mismo afirma que Jesús: “Se bate contra el mal, realizando curaciones milagrosas que justifica como las “obras de Dios”, “del que me ha enviado” (Jn 9, 3-4), sugiriendo así que también Dios se alía con él en su confrontación con el dolor”⁷³.

Ruiz de la Peña, en su libro *Teología de la creación*, señala que los sinópticos nos hablan de diversas curaciones de Jesús. Por ejemplo, el evan-

⁶⁸ *Ibid.*, 243.

⁶⁹ “La autocomunicación de Dios pone de manifiesto el pecado del hombre y ofrece al hombre dejarse determinar desde la donación de Dios. Esta autorrevelación como amor es perdón del pecado, el cual acontece en la autocomunicación de Dios y supone una transformación en el hombre. Así pues, el perdón expresa la prioridad del amor de Dios, que se da sin condiciones, y significa un cambio en el hombre” (DOMÍNGUEZ, Emilio J. Justo, *Libertad liberadora. Para una nueva formulación de la cristología y la soteriología*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2013, 108).

⁷⁰ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 168.

⁷¹ *Ibid.*

⁷² RUIZ DE LA PEÑA, *Creer desde la experiencia del mal*, 296.

⁷³ *Ibid.*, 317.

gelio de san Mateo nos presenta la curación de un impedido en el día sábado (Mt 12, 9-14); dichas acciones estaban prohibidas por la ley, pero a Jesús no le importa, pues ante todo está la persona humana que es más importante que un animal. Otro ejemplo será la curación de un endemoniado ciego y mudo (Mt 12, 22-50). En san Marcos encontramos también varios ejemplos de curaciones, uno de ellos es la curación del ciego de Jericó, que al enterarse de que era Jesús, gritaba que tuviera compasión de él (Mc 10, 46-52). En el evangelio de san Lucas, encontramos más ejemplos de las curaciones que Jesús hacía en sábado como la curación de la mujer poseída por Satanás desde hace dieciocho años (Lc 13, 16).

En los sinópticos hay muchos milagros que no están referidos a la superación de las limitaciones corporales como la mano paralizada, la ceguera, o la expulsión de demonios. También encontramos otros milagros que están relacionados con la muerte y el dolor que provoca en los seres queridos. Por ejemplo, san Lucas nos narra el detalle que tiene Jesús con una viuda en Naín, ya que esta mujer había perdido a su único hijo, con una sola palabra “levántate”, Jesús le devuelve la vida y lo entrega a su madre (Lc 7, 11-17). Este relato tiene gran trascendencia, porque la muerte del hijo representaba también la muerte en vida para su madre.

En estos ejemplos podemos corroborar lo que ya antes hemos indicado, la lucha y victoria de Jesús sobre el mal en sus diversas manifestaciones: el mal físico de la limitación, la caducidad, el dolor y la muerte; el mal ético del pecado; el mal estructural de la injusticia social, de la insolidaridad interhumana. Si Cristo es el fin único de todo lo creado, todo es redimible y salvable⁷⁴. En pocas palabras, a juicio de Ruiz de la Peña, se nota que la salvación que trae Jesús es redentiva⁷⁵.

Para nuestro autor, los milagros⁷⁶ “significan la instauración del Reino de Dios. Jesús cura en sábado porque así se cumple el destino sal-

⁷⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 84.

⁷⁵ Para Olegario González de Cardedal, “la propuesta de redención tiene por tanto que legitimarse inexorablemente frente a esos poderes que podríamos sintetizar en estos tres: sufrimiento, pecado, muerte. O si se prefiere, digamos sin más: el mal” (GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario, “Boletín de soteriología 1980-1986”, en *Salmanticensis* 34 (1987) 192).

⁷⁶ César Izquierdo define el milagro del siguiente modo: “el milagro es un prodigio sensible, que tiene lugar al mismo tiempo en el orden cósmico y en un contexto religioso, realizado por una intervención gratuita del poder misericordioso de Dios, y que muestra su carácter de signo de la presencia y acción salvífica del mismo Dios entre los hombres” (IZQUIERDO, César, *Teología Fundamental*, EUNSA, Pamplona⁴ 2015, 381).

vífico de ese día, y con él, de la entera creación”⁷⁷. En el evangelio de san Mateo 12, 22-37, se puede corroborar la idea planteada por nuestro autor, ya que presenta a Jesús diciéndole a los fariseos, que si él expulsa a los demonios con el Espíritu de Dios es porque ya ha llegado a ellos el Reino de Dios.

3.2. La cruz: crisis del mal

Según Ruiz de la Peña, Jesús no solo responde con el amor en su combate contra el mal, sino que también responde con la fe. El final de la vida de Jesús representa también un combate contra una realidad despótica que parecía insalvable. Desde la postura de nuestro autor, Jesús conocía los dos modelos veterotestamentarios: la pregunta del “porqué” de Job y el que pregunta “cómo y para qué” del Siervo de Yahveh. Obviamente Jesús opta por el siervo que no exige una explicación, pues en su vida experimenta a Dios como *Abbá*. Solo desde la profundidad de esta experiencia es cómo se puede comprender que “Jesús ha creído en Dios desde el porqué sin respuesta empírica posible. Ha creído en Dios no a pesar o al margen de, sino desde la experiencia del mal”⁷⁸. Jesús se da cuenta que en el mundo hay mucho mal, pero pese a todo esto, su Dios siempre sigue siendo *Abbá*⁷⁹.

La fe basada en la confianza profunda se convierte en el punto fundamental de la entrega de Jesús, aunque él mismo no comprenda el mal que padece. La fe adquiere tal relevancia en la praxis de Jesús⁸⁰ que sin

⁷⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 66.

⁷⁸ *Ibid.*, 168.

⁷⁹ Schillebeeckx subraya tanto esta experiencia, que llega a considerar que “la evidencia del *abbá* es claramente la fuente del carácter peculiar del mensaje y la praxis de Jesús, las cuales, si prescindimos de esa vivencia religiosa, pierden su autenticidad, su significado y su contenido” (SCHILLEBEECKX, Edward, *Jesús. La historia de un viviente*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1981, 242).

⁸⁰ Martín Gelabert considera que la fe cristiana no ofrece soluciones al misterio del mal, pero sí ofrece orientaciones para enfrentarse con él, y aunque el mal no sea susceptible de explicaciones, eso no quiere decir que debamos resignarnos pasivamente ante él, sino que es necesaria una praxis de resistencia contra el mal tomando como ejemplo a Jesús, pues “Jesús no estaba de acuerdo con el sufrimiento. Se turbó ante su propio sufrimiento (Lc 22, 44) y se conmovía ante el mal que azotaba a los demás” (GELABERT BALLESTER, Martín, “El mal como estigma teológico. ¿Un signo de interrogación en el discurso sobre Dios?”, en *Moralia* 22 (1999) 216).

ella no puede obrar milagros, de hecho, en todas las curaciones, siempre está presente la fe. La fe en Dios como Abbá, le lleva a entregarse sin reservas al destino doloroso que padece en la cruz y, aunque no tenga ninguna explicación del porqué como lo exigía Job, sabe que el dolor que padece tiene un sentido salvífico. Nuestro autor lo expresa así: “sabe desde la oscuridad de la fe que el dolor solidario y amorosamente asumido no será en vano, que esa entrega no ocurrirá a fondo perdido, sino que pondrá en marcha un dinamismo salvífico”⁸¹. En esta misma línea, Latourelle indica que “no hay más cita decisiva con el mal que la de Getsemaní y el Gólgota. A la locura de la rebeldía y del mal no hay más respuesta que la locura de la cruz”⁸².

Por otra parte, para Ruiz de la Peña, la cruz no representa el hecho puntual donde ocurre la salvación, para él toda la vida de Jesús es salvífica. Como ya hemos visto, Jesús combate el mal con el amor que se manifiesta en las parábolas y los milagros que realiza, además se solidariza con los marginados y necesitados. La cruz representa la crisis del mal, porque ahí su entrega confiada lejos de ser un mero sacrificio ritual, es un sacrificio existencial. En la cruz, Jesús asume “no ya una humanidad abstracta, sino la humanidad pobre, desdeñada, pecadora, se hace en él solidaridad que integra en su proyecto de vida las situaciones-límite necesitadas de salvación”⁸³.

Una de las actitudes más destacadas de Jesús es que no se resigna ante la presencia del mal, lo combate hasta el punto de entregar su vida en la cruz. Por eso dirá Ruiz de la Peña, que Jesús no se ha comportado como un asceta sino como un místico. La diferencia que existe entre ambos es abismal, pues mientras que el asceta no cree en una victoria sobre el mal y busca cómo domesticarlo para convivir con él, el místico por el contrario cree profundamente en la victoria sobre el mal, porque confía y cree en Dios. El místico tiene algo que no posee el asceta:

No aspira a la ataraxia o a la apatía, porque no se resigna pasivamente al mal. De otro lado, sabe que él solo no se basta para vencerlo, pero confía en recibir como don la cuota de victoria que no puede cobrar como conquista. Y esta certidumbre le inclina a afirmar y amar una realidad que, de otra forma tendría que ser renegada. El símbolo de esa realidad en su

⁸¹ RUIZ DE LA PEÑA, *Creer desde la experiencia del mal*, 317.

⁸² LATOURELLE, René, *El hombre y sus problemas*, 345.

⁸³ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, Gracia, Salvación*, 119.

figura actual, es la cruz. Pero el místico sabe que se trata de una realidad en éxodo, cuyo destino es la resurrección⁸⁴.

En definitiva, el amor y la fe llevados hasta el extremo son las dos respuestas al misterio del mal. El amor es el desencadenante de la presencia de Jesús entre nosotros y su entrega confiada, así lo manifiesta el evangelio de san Juan 3, 16: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único”. Desde la cruz se puede notar que Dios no es indiferente a los problemas y el mal que padece la humanidad. Toda la vida de Jesús hasta la cruz nos muestra claramente, que Dios interviene en la historia, no para burlarse de las calamidades, infortunios o desgracias que provoca el mal, sino que como dirá Ruiz de la Peña, “el Dios verdadero es un Dios sim-pático, con-sufriente, no apático, y ya está en escena, no causando, enviando o permitiendo el mal, sino sufriendolo en mí y conmigo”⁸⁵.

Desde esta perspectiva, hay que resaltar que nuestro autor está en la misma línea de reflexión de los teólogos de la Teología Fundamental. Así, Latourelle también resalta la importancia que tiene el amor y describe con audacia intelectual que “la cruz de Cristo y la muerte de Dios es el colmo de la sinrazón, la victoria más asombrosa y más alucinante de las fuerzas del mal sobre aquel que es la vida, el poder”⁸⁶. Pero aquí no acaba todo, las fuerzas del mal no han ganado la batalla contra Jesús, pues desde la cruz se nos muestra una revelación⁸⁷ sumamente importante que consiste en un amor que se impone al mal. Dicha imposición no tiene necesidad de darse por la fuerza o por un exabrupto de poder, sino que se da

⁸⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 169.

⁸⁵ *Ibid.*, 170.

⁸⁶ LATOURELLE, René, *El hombre y sus problemas a la luz de Cristo*, Sígueme, Salamanca 1984, 354.

⁸⁷ Ángel Galindo García también considera que la respuesta de Dios al mal es la Cruz de Cristo, pero el reconocimiento que en la cruz ha sido superada toda la potencia del mal mediante la autodonación plena de amor del Hijo de Dios, necesita de la fe o de una razón iluminada por la fe. Por eso, este autor considera que agarrarse a la incomprendibilidad de Dios frente al mal significa ponerse bajo la guía de Jesús crucificado con los ojos de la fe y prepararse para comprender desde tal ladera el abismo del mal y el amor (GALINDO GARCÍA, Ángel, “La recuperación del sentido desde el problema del mal y desde la vulnerabilidad de Dios”, en GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario – FERNÁNDEZ SANGRADOR, Jorge Juan (eds.), *Coram Deo. Memorial prof. Dr. Juan Luis Ruiz de la Peña*, Kadmos, Salamanca 1997, 118-119).

más bien por “un exceso de amor que consiste en recibir la muerte de manos de la persona amada y sufrir el castigo que se merece con la esperanza de convertir al amor en su amor rebelde”⁸⁸.

Otro teólogo como Gisbert Greshake, en su obra *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*, considera que es en el acontecimiento de la vida y muerte de Jesucristo, donde se manifiesta verdaderamente que Dios se introduce en nuestra historia humana de dolores, es decir, el Dios que se manifiesta sufre con nosotros para superar desde dentro los dolores⁸⁹. Además, asegura que Jesús no se bate contra el mal con la violencia sino desde la cruz, por eso dirá que “la cruz fue, pues, la consecuencia de su esfuerzo y su compromiso contra el dolor”⁹⁰.

Ruiz de la Peña mencionará que Dios no viene a suprimir el mal, sino que lo muestra asumible, “desvelándome que incluso en ese mal hay sentido o, mejor, que a través de esa noche oscura amanece ya la aurora de la salvación”⁹¹. Latourelle lleva esto al ámbito de la religión, de tal manera que el cristianismo no es una religión que suprima el mal, el pecado o la muerte, también dirá que no es una religión del consuelo ni de distracción, sino que es una religión de conversión, y esto solo es posible desde el amor que “abre una brecha en el imperio del mal y de la muerte, que se abre hacia la vida eterna”⁹².

3.3. El misterio pascual

La muerte de Jesús en la Cruz, representó para sus discípulos una crisis existencial, pues ¿cómo es posible que el que se presenta como el camino, la verdad y la vida, tenga que morir? Ruiz de la Peña se pregunta ¿cómo puede ser salvadora una vida entregada, si esa vida se acaba y se agota? La muerte se convierte en la piedra de tropiezo que pone en duda la evidencia salvífica de Jesús y de su obra⁹³. Es decir, en última instancia lo que está en juego es la credibilidad de Jesucristo como salvador. De

⁸⁸ LATOURELLE, *El hombre y sus problemas*, 354.

⁸⁹ GRESHAKE, Gisbert, *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*, Sígueme, Salamanca 2008, 81.

⁹⁰ *Ibid.*, 82

⁹¹ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 170-171.

⁹² LATOURELLE, *El hombre y sus problemas*, 355.

⁹³ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, Gracia, Salvación*, 120-121.

hecho, la duda está presente en los mismos discípulos de Jesús. El evangelista san Mateo presenta que después de la muerte de Jesús, los once discípulos fueron al monte que les había indicado, y al verlo se postraron, pero algunos dudaron (Mt 28, 16-17).

Jesús, con su muerte en la cruz asume el dolor humano, un dolor que venía venciendo desde su vida pública. Según Ruiz de la Peña, la dimensión salvífica de Jesús y sus obras, lo único que puede convalidarlas y reivindicarlas es la resurrección. A la luz de la resurrección es como se puede comprender la vida y obra de Jesús, además, se puede concluir que “el amor que es auto-donación no se borra y desaparece sin dejar huella, sino que, en su amparada impotencia, termina revelándose como más fuerte que todo, más fuerte incluso que la muerte”⁹⁴. Es decir, la muerte que es considerada como el mal por excelencia no tiene la última palabra.

Nótese una vez más, que el amor juega un papel muy importante y se corrobora lo que Ruiz de la Peña nos dice, “la respuesta de Jesús ante el mal es el amor y la fe”⁹⁵. El amor es tan importante que Rino Fisichella dice que: “Si el creyente pone como signo de credibilidad el amor que se manifiesta en la muerte, esto es solo porque su profesión de fe ha nacido de la novedad del anuncio pascual”⁹⁶. En pocas palabras, la salvación consiste en la vida que Jesús entrega por cada uno de nosotros, pero como dirá Ruiz de la Peña “la vida entregada conduce a la muerte de quien la entrega, pero no puede acabar en la muerte”⁹⁷.

La muerte no es el final para Jesús y tampoco puede ser el final de cada uno de los seres humanos, pues, así como Jesús recupera su vida mediante la resurrección, así también nosotros podemos recuperar la vida acogiendo desde la libertad que comprende la fe y el amor, la salvación. Así, la secuencia vida-muerte-resurrección genera la salvación. El amor de Jesús que se muestra hasta el extremo y que asume solidariamente nuestra condición, es capaz de redimirnos.

Para Ruiz de la Peña, la resurrección no significa la simple liberación o la pura negación de lo negativo, sino que significa la afirmación de lo

⁹⁴ *Ibid.* 121.

⁹⁵ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 168.

⁹⁶ FISICHELLA, Rino, “Credibilidad”, en LATOURELLE, René-FISICHELLA, Rino-PIÉ-NINOT, Salvador (eds.), *Diccionario de Teología fundamental*, San Pablo, Madrid³ 2010, 220.

⁹⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, Gracia, Salvación*, 121.

que en el ser humano late de positivo: “el amor y la vida, como ingredientes básicos de la existencia agraciante y agraciada”⁹⁸. Desde esta perspectiva se puede decir que “la resurrección, respuesta del Padre a la cruz del Hijo, es el comienzo de la superación de todos los dolores. Superación como eliminación y como elevación creadora de sentido”⁹⁹. Además, la imagen que nos muestra Jesús de Dios como Abbá inspira confianza y deseo de acercarse, porque sabemos que no estamos solos ante las angustias, temores y dolores que el mal provoca a lo largo de los siglos.

Para Ruiz de la Peña, la secuencia muerte en la cruz-resurrección están mutuamente relacionados, porque no puede existir un tratamiento reduccionista de la salvación, es decir, la salvación no puede ser tratada desde la cruz o solo desde la resurrección¹⁰⁰. Por un lado, si se parte solo desde la cruz se corre el riesgo de poner un velo a la desmesura de poder. Además, no solamente puede ser ciega sino también sorda al gemido de aquellos que constantemente están siendo aplastados¹⁰¹. Por otro lado, nuestro autor afirma que una soteriología que se base nada más en la resurrección, en la filiación divina y en la gloria sería un sarcasmo. De este modo, “todo el caudal de sufrimiento destilado por milenios de historia quedaría sin redimir. El salvador de este mundo y de esta humanidad no puede ignorar las sobredosis masivas de dolor acumuladas a lo largo del proceso histórico”¹⁰².

Para César Izquierdo, también tanto la muerte de Jesús como la resurrección forman una unidad, sin la resurrección la muerte significaría no

⁹⁸ *Ibid.*, 122.

⁹⁹ GISBERT, *¿Por qué el Dios del amor permite que suframos?*, 84.

¹⁰⁰ “En el Nuevo Testamento se encuentra claramente la confesión de que Jesús ha muerto por nosotros, por nuestros pecados (cf. 1Ts 5, 10; Rm 4, 25; 1Co 15, 3). En correspondencia con la tendencia neotestamentaria, en la historia de la teología se ha producido una progresiva concentración de la soteriología en la muerte de Jesús en la cruz. La teología contemporánea, sin desplazar la centralidad de la cruz, ha abierto el horizonte de comprensión. Por un lado, se entiende la muerte desde el conjunto de la vida de Cristo. Toda su vida tiene una dimensión salvífica: su biografía concreta (misterios de la vida de Jesús), su actividad ministerial (curaciones, exorcismos, cercanía a los pecadores) y su misterio pascual (muerte, resurrección y envío del Espíritu). El misterio de Cristo se entiende como un acontecimiento que es a la vez revelación de Dios, su comunicación personal y la salvación de los hombres” (DOMÍNGUEZ, Emilio J. Justo, “Soteriología alemana contemporánea. Temas y autores”, en *Estudios Eclesiásticos* 89 (2014) 197).

¹⁰¹ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, Gracia, Salvación*, 129

¹⁰² *Ibid.*

solo el final de la predicación sino también de la obra realizada durante su vida terrena. Además, indica que “la muerte real de Jesús es condición de una resurrección también real; la resurrección, por su parte, es un desmentido de la muerte porque muestra que no tiene esta la última palabra”¹⁰³

4. El Dios que se revela en Jesús es un Dios que no nos abandona

Hay que decir que la vida, muerte y resurrección de Jesús mostrará que ya no estamos ante una Teodicea que aborda el mal declarando la inocencia de Dios. Estamos ante una teología cristiana que se atreve a decir que Dios también sufre el mal de la humanidad. No lo evita, sino que lo carga en sus hombros, por eso dirá Ruiz de la Peña que “el evangelio cree al hombre capaz de inferir el mal a Dios y proclama a Dios a alguien que ha sufrido ese mal”¹⁰⁴. Nuestro autor está convenido que, si continuamos con la reflexión que nos ofrece la Teodicea sobre un Dios deísta, la pregunta sobre el mal no tendrá en última instancia ninguna respuesta posible. Por otra parte, el ateísmo con su propuesta: existe el mal, luego no existe Dios, tampoco contribuye al esclarecimiento del mal. En cambio, si somos capaces de acoger la propuesta teológica cristiana, nos daremos cuenta que esta imprime al tema un sesgo rigurosamente inédito, que muchas veces sorprende por la manera cómo se ha realizado en la historia de la humanidad, y se puede decir que:

El mal no es problema a solucionar antes de creer en Dios; el mal es la situación en que Dios se nos ha revelado tal cual es; como aquel que lo vence asumiéndolo solidariamente y transmutándolo en semilla de resurrección. El mal deja así de ser un problema soluble teóricamente para convertirse en un misterio a esclarecer vivencialmente¹⁰⁵.

Para Ruiz de la Peña, nuestra realidad es asumida con toda seriedad por Jesús, de tal manera que el mal no queda trivializado y tampoco Dios queda al margen del sufrimiento humano. De esta manera se muestra al creyente que la “fe no impone una teoría; nos propone una praxis. El pro-

¹⁰³ IZQUIERDO, *Teología Fundamental*, 490-491.

¹⁰⁴ RUIZ DE LA PEÑA, *Teología de la creación*, 171.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 173.

blema del mal no es solo un problema especulativo, exige convergencia de pensamiento, acción y... transformación espiritual de los sentimientos”¹⁰⁶.

Si el mal es la situación en la que Dios se ha revelado tal cual, porque nos revela su amor pleno enviando a su Hijo, incluso llegando a padecer la muerte y una muerte en cruz, eso quiere decir que las lágrimas y el grito del hombre no se extienden al vacío del mundo, sino que hay alguien que le escucha y ve las situaciones límites. En última instancia, el grito desgarrador del dolor humano debe estar dirigido no tanto al Dios de la razón, sino al Dios de la revelación. Ruiz de la Peña indica que “alguien tiene que solidarizarse con todo el clamor de los siglos y asumirlo, para mostrar que también ahí cabe la salvación”¹⁰⁷. En esta misma línea Luis M. Armendáriz afirma que “hay que dar lugar a que Dios Padre se revele así mismo en la historia de la salvación y, muy en particular, en la encarnación de su Hijo. Él es el que tiene sus oídos abiertos al clamor del mundo”¹⁰⁸.

Ruiz de la Peña aclara que la fe no está referida a explicar el sufrimiento del mundo, sino que nos enseña cómo podemos sobrellevarlo, teniendo la esperanza profunda de que el sufrimiento no es el fondo último de lo real, pues tenemos a un Dios que “no se limita a coexistir con el mal, sino que lo asume en su realidad divina”¹⁰⁹. En todo caso, Dios no necesita que nadie lo defienda del mal que es una realidad, pues él mismo responde con la encarnación de su Hijo, y responde para mostrar que el hombre no es el único que se siente interpelado, sino que “también Él, como nosotros, se ve interpelado y agredido por el *mysterium iniquitatis*”¹¹⁰.

De este modo, podemos decir que el Dios cristiano nunca abandona a sus criaturas, porque Dios es “un tú que conmigo integra el nosotros sujeto paciente de dicho mal. La expresión “Dios y el mal” reviste de esta suerte, un sentido nuevo; ya no aúna en simple yuxtaposición dos magnitudes mutuamente extrañas”¹¹¹. Al estar convencidos del no abandono de Dios, sino que es el Enmanuel que está con y para nosotros, entonces es cuando podemos decir que el mal no es invencible, sino que como ya

¹⁰⁶ RUIZ DE LA PEÑA, *Crisis y apología de la fe. Evangelio y nuevo milenio*, Sal Terrae, Santander 1995, 306.

¹⁰⁷ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación, gracia, salvación*, 129.

¹⁰⁸ ARMENDÁRIZ, *Hombre y mundo*, 266.

¹⁰⁹ RUIZ DE LA PEÑA, *Crisis y apología de la fe*, 307.

¹¹⁰ *Ibid.*

¹¹¹ *Ibid.*, 307-308.

hemos visto en los apartados anteriores, Jesús lo ha combatido, lo ha sufrido y deslegitimado. A esto, Ruiz de la Peña agrega que “su aparente derrota (la cruz) ha sido su real victoria (la resurrección)”¹¹².

Desde esta perspectiva, se puede alentar a los cristianos a afrontar de una nueva forma el mal en el mundo, eso sí, abrazados a un Jesús que desde su vida enseña dos cosas sumamente importantes: a) creer desde la experiencia del mal es creer desde la esperanza en una victoria sobre el mal, victoria que se lleva a cabo desde la vida, la cruz y la resurrección. El mal no queda sin respuesta, pues la respuesta se da desde el amor y la fe. Todo ello permite entender que “el mal no es la última palabra, ese crucificado convalida su credibilidad en tanto en cuanto es también y para siempre, aquel a quien el Padre resucitó de entre los muertos”¹¹³. b) También Jesús enseña que creer desde la experiencia del mal, es alinearse contra el mal experimentado, de tal manera que creer desde la cruz es alinearse contra toda forma de crucifixión.

El cristiano no está solo ni abandonado, el Dios del amor camina a la par con él aun cuando menos lo espera, interviene en la historia cuando menos se lo imagina. La vida no deja de tener sentido porque haya mucho mal en el mundo, deja de tener sentido cuando quitamos a Dios del camino, o cuando en el intento de abrazarnos, nosotros nos hacemos a un lado.

5. Conclusiones

En este artículo hemos hecho un largo recorrido desde el relato del Génesis hasta el abajamiento de Jesucristo y nos permite concluir que:

1) El relato del Génesis manifiesta que todo lo que sale de las manos del creador es siempre bueno. Cuando decimos que la creación es buena, la doctrina cristiana se opone a toda suerte de pesimismo ontológico. Por eso, Ruiz de la Peña concluye que la existencia del mal no se remonta al designio originario de Dios, así no se vuelve a caer en el error de las propuestas dualistas, pues no existen dos principios uno bueno y otro malo, sino que Dios es el único principio creador y es bueno. En todo caso, el

¹¹² *Ibid.*, 308.

¹¹³ RUIZ DE LA PEÑA, *Creación*, 173.

pecado es el que provoca el desorden en la creación y el origen del mal tiene que ver con la responsabilidad del hombre creado por Dios.

2) En cuanto a la reflexión sapiencial, el hombre necesita comprender el misterio del mundo y su humanidad. La humanidad estaba acostumbrada al principio retribucionista de premio y castigo. La experiencia de Job echa por tierra esta manera de pensar, pues él sufre injustamente y no encuentra una respuesta al porqué de su sufrimiento. Por eso, nuestro autor indica que una respuesta al “porqué del mal” no es algo que podamos encontrar en la experiencia de Job, lo que sí podemos encontrar es a un hombre que aun en medio del sufrimiento y el dolor ratifica su fe en Dios.

3) La novedad que nos propone la reflexión bíblica del Nuevo Testamento es que el mal presente en el mundo tiene su mayor contrincante en Jesús de Nazaret. Jesús es la manifestación amorosa de un Dios que se acuerda del hombre y que envía a su Hijo Jesucristo. La credibilidad del Dios de la fe cristiana se muestra en la entrega sin reservas de su Hijo, de un Hijo que cree en su Abbá no a pesar o al margen de, sino desde la experiencia del mal.

4) La respuesta de Jesús al mal se da desde la experiencia fundamental y fundante del amor y de la fe. La respuesta de Jesús no es la indiferencia al dolor humano, al contrario, se bate en una lucha constante contra el mal provocado por la injusticia, la apatía y el abuso de poder, etc. Para Ruiz de la Peña, la verdadera experiencia de Dios que nos transmite Jesús no es la de un Dios apático o sadomasoquista, sino el Dios que se compadece y consufre. Y Jesús es ese místico que cree en la victoria sobre el mal porque cree en un Dios digno de crédito.

5) Las parábolas de Jesús, los milagros y su misterio pascual son el signo más creíble de que Dios intervine en la historia humana y asume el dolor que provoca el mal. Jesús es la esperanza y el que nos enseña a esperar, pues la esperanza en la victoria quebranta el fatalismo del mal.